



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>





## **CENTRAL CIRCULATION AND BOOKSTACKS**

The person borrowing this material is responsible for its renewal or return before the **Latest Date** stamped below. **You may be charged a minimum fee of \$75.00 for each non-returned or lost item.**

Theft, mutilation, or defacement of library materials can be causes for student disciplinary action. All materials owned by the **Unit of Illinois Law**



APUNTES DE VIAJE  
EN EL  
**Oriente Peruano**

por  
**JORGE M. VON HASSEL**

---

CORREGIDOS Y ARREGLADOS  
por

**Carlos J. Bachmann**



**LIMA**

---

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE SAN PEDRO  
Calle de San Pedro N. 388

---

**1905**

1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

1879







918.54  
H276a

## INDICE

|                                                                 | PÁGS. |
|-----------------------------------------------------------------|-------|
| El hijo de la puna.....                                         | 5     |
| Luz y sombra.....                                               | 11    |
| De regreso de Tres Cruces.....                                  | 15    |
| Momento sublime.....                                            | 19    |
| Creencias y supersticiones de los mu-<br>ratos y aguarunas..... | 23    |
| En pos de la fortuna.....                                       | 29    |
| Quinientas veces compadre.....                                  | 35    |
| La carta de la madre.....                                       | 39    |
| El Imperio de las Amazonas.....                                 | 45    |
| El Inca.....                                                    | 53    |
| Masho-playa.....                                                | 57    |
| El Apu Pumacahua.....                                           | 63    |
| La hija del cauchero.....                                       | 69    |
| El cerro encantado.....                                         | 77    |
| El fin de un cauchero.....                                      | 81    |
| Episodio de mi práctica como ingenie-<br>ro de la montaña.....  | 77    |
| Recuerdo de un sentenciado á muerte..                           | 95    |
| La flor de la selva.....                                        | 103   |
| La mujer del curaca.....                                        | 109   |
| Momento sombrío.....                                            | 115   |





## A MIS LECTORES

---

Muchas veces mis amigos me habían insinuado la idea de que publicara algunos episodios de mi vida tan rica en impresiones; pero mis continuos viajes no me han permitido permanecer largo tiempo en un lugar, retardando así, hasta ahora, la realización de este propósito.

Obligado, después de mi última exploración al río Paucartambo, á quedarme por varios meses en esta culta y simpática capital, y aprovechando de la buena voluntad de mi estimado amigo, el señor Carlos J. Bachmann, para arreglar y corregir mis apuntes, satisfago hoy sus deseos, ofreciéndoles un corto número de hojas sueltas de mi diario de viaje, que formarán el primer tomito

de una serie de publicaciones de la misma índole.

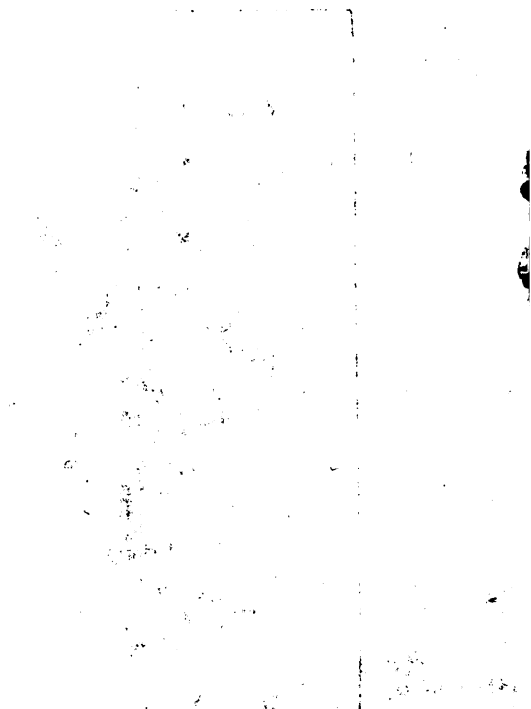
En estos lacónicos bosquejos reproduzco momentos de la vida del llamado judío errante, especie de vistas instantáneas de una existencia llena de trabajos y peligros: hoy gozoso como en el cielo, mañana poseído de tristeza fúnebre, y á veces con el sarcasmo del condenado que desafía al mundo.

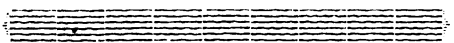
Espero que estos rápidos bosquejos que he titulado 'Apuntes de viaje por el Oriente Peruano', serán recibidos benévolamente por mis lectores: ellos constituyen los recuerdos de un hombre que fué unas veces actor principal y otras parte secundaria en los diversos episodios que ha visto desarrollarse en el ámplio y espléndido escenario de la cuenca amazónica, al llevar á cabo sus deseos de contribuir con todas sus fuerzas al progreso de esas regiones que, tarde ó temprano, han de constituir el porvenir del Perú.

**Jorge M. Von Hassel.**

Lima, mayo de 1905.







## EL HIJO DE LA PUNA

Era una de esas preciosas noches que sólo ofrece la zona tropical. La luna, con su mágica luz, bañaba la inmensa llanura por la cual, como cinta de plata, deslizábase el río, llevando sus aguas á aumentar las del gigantesco Amazonas. La bóveda celeste con sus millones de estrellas, techoneaba este precioso rincón de la naturaleza.

Nuestro campamento, á la orilla del río, presentaba un cuadro pintoresco. Veíase, al rededor de una fogata, un grupo de gentes, hombres y niños; podía tomársele como un campamento de caucheros, de esos nómades de la hoya amazónica, ó como un campamento de soldados; al paso que unos centinelas al centro del río demostraban claramente



que estaban empeñados en una empresa guerrera. Y así era en efecto, pues la inmensa llanura que hasta ahora poco fué de propiedad indiscutible del salvaje, es hoy la manzana de discordia entre las naciones vecinas; el oro negro, el caucho, ha alucinado á los hombres y despertado ambiciones.

Las dos fuerzas rivales hállanse separadas por el río. El campamento enemigo está directamente al frente, y desde allí escucharán sin duda la música de los acordeones, instrumento favorito del gomero, así como los cantos y voces medio perdidos por la distancia. En el nuestro, una parte de la gente se ha entregado al sueño; otra, al rededor de un paño blanco extendido en el suelo, juega la famosa pinta, perdiendo ó ganando con la indiferencia de un turco los frutos de sus arriesgados y fatigosos trabajos; las mujeres sentadas entre los mosquiteros ó tendidas entre los árboles, juegan con los niños; mientras otro grupo de soldados escucha á uno de ellos, un joven limeño, que entona la zarzuela "Don Dinero".





De un lugar un tanto separado del campamento, vienen los melancólicos acordes de la “coina”, flauta de los indios de la sierra. El músico, sentado sobre un tronco como una estatua de bronce, expresa por medio de notas agudas arrancadas al instrumento, cuánto extraña á su tierra y á los suyos y sobre todo á su novia.

Días antes me había contado su historia. Nacido en la puna, donde también habían visto la luz sus padres y abuelos, en esas frías altitudes en que cada apacheta ó pico nevado puede contar la grandiosa historia de su pueblo é incas, y hecho ya hombre, enamoróse de una muchacha de la comarca con la que propúsose casarse, juntando antes el capital necesario para estos casos.

Arriero de profesión, hacía frecuentes viajes con sus llamas á las poblaciones vecinas, y emprendía su última peregrinación á un pueblo próximo, pues con esta ganancia pensaba completar la suma que el cura exigía; cuando su mala estrella quiso que cayera en manos de

una patrulla, que pronto convirtió al desdichado arriero en soldado.

Llevado de la sierra á la costa y de ésta á la hoya amazónica, ó mejor dicho de la frígida puna sobre la cual brama la tempestad, al país de las palmas y del sol, el desgraciado indígena, con su humildad proverbial, soporta los embates de la suerte, confiando en que la providencia le deparará medios para ahorrar, como su padre lo hiciera, la suma precisa para sufragar los gastos de su matrimonio; y sufre paciente y hasta contento su destino.

Mas, ni la variedad de lugares, ni la azarosa vida militar logran borrar de su mente la imagen sublime de sus punas, coronadas de nieves perpétuas, ni la pobre choza donde su novia lo espera con la tenacidad de los de su raza; y para mitigar en algo sus nostalgias lleva como compañero inseparable desde sus lares hasta las regiones ignotas en que hoy se encuentra, su coina, á las que en sus ratos de ocio y en las horas de descanso, hace expresar su dolor.

Algunas veces, tarde, muy tarde, cuando todos se hallaban dormidos,

me ha despertado la voz del centinela, y he escuchado entonces la monótona música del indio.....

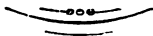
Ya pasó el día que, con su sol abrasador, fué testigo de un drama sangriento. Al fin los bandos enemigos fueron á las manos y en los bosques resonaron los tiros, los gemidos de los heridos y los gritos de la muerte; y vino luego la noche, con su sacro silencio, á calmar también las tempestades violentas en los pechos de los moradores de este rincón del mundo....

El campamento ofrecía el mismo espectáculo que el día anterior; unos entretenidos en tocar sus acordeones, otros jugando su pinta, el joven limeño tarareando zarzuelas que escuchara en Lima; podía creerse que era una continuación de la noche anterior. Pero, de pronto, recibo una impresión, algo así como si una orquesta dejara de tocar de repente el instrumento más sonoro: no escucho la coina. Dirijo mis ojos al sitio en que acostumbraba tocar el indio sus melancólicas melodías y se detienen ante una tumba

fresca aún, sobre la que la pálida luz de la luna me deja ver una tosca cruz de madera...

Es la tumba del desdichado músico, una de las víctimas de la escaramuza: Allí duerme el sueño eterno, haciéndole sombra las palmeras bajo un cielo azul y un sol de oro líquido.

.....  
Para entonces por mi imaginación el recuerdo de la puma legendaria de los incas, de la puma coronada perpetuamente de nieve, barrida por las furiosas tempestades y abovedada por un cielo plomizo, y paréceme ver entre ese abrupto paisaje una humilde choza, dentro de la cual, en medio de dos ancianos, se halla una joven y hermosa india esperando el regreso de su novio....





## LUZ Y SOMBRA

Una de esas noches tibias que produce la región semitropical, envolvió en sus sombras la inmensa pampa del Madre de Dios. Un cielo claro, con sus millares de estrellas, se refleja en las aguas del Cosñipata, que descende de la cordillera en marcha impetuosa, para unirse más abajo con el padre de los ríos, con el gigantesco Amazonas.

Un suave viento sopla sobre la pampa. La virgen naturaleza está en reposo: sólo aquí, en la hacienda, que con sus cultivos forma una isla ú oasis en medio de este inmenso mar de hojas, hay vida.

Acordes de música y cantos perturban la paz de la noche. Los sombríos contornos de los bailadores véñse fantásticamente iluminados



por una gran fogata que arde delante de la casa: son mis compañeros con las simpáticas serranas del lugar, que festejan nuestro feliz arribo á esta hacienda, después de penoso y arriesgadísimo viaje.

Envuelto en mi frazada contemplo satisfecho la alegría que reina entre mi gente, reflexionando sobre el éxito afortunado de nuestra exploración en una región desconocida, en la cual en vano han pretendido varias expediciones cortar el velo misterioso que la cubría.

Ante mis ojos veo al inca Yupanqui con sus 20,000 hombres forzar el paso del Amarumayo; veo pasar á la expedición española con sus caballos y armamentos de la edad media en busca del legendario Paititi; á la del valiente Maldonado que pagó con su vida su atrevimiento; á la del heroico coronel La Torre que tiñó con su sangre la blanca arena de la isla de la Muerte; y al considerar que he atravesado esas peligrosas regiones en viaje de ida y vuelta, y que por segunda vez me hallo entre los caucheros del Manu que nos reciben con júbilo después de cum-

plido este viaje tenido antes por imposible: gozo inmensamente, pues hemos logrado al fin borrar esa mancha blanca en el mapa geográfico que dice: **territorio inexplorado**; siento un alivio infinito, un gran contento me envuelve, y los acordes de la música y las alegres exclamaciones de mis compañeros encuentran eco simpático en mi pecho.

Pero, ¿qué sucede? Gemidos lastimeros oigo cerca de mí y apercibo olores de antisépticos y medicinas. Ah! son algunos de los míos, heridos como yo, en los combates con los salvajes huachipairis!

No obstante la oscuridad veo los cuerpos descarnados, amarillentos y esqueletosos de los heridos, que faltos de sueño y con los ojos encendidos por la fiebre miran las parejas de los alegres danzantes, mientras ellos gimen á cada vuelta que dan en sus duras camas, presos de la mayor desesperación, tal vez malogrados para toda su vida.....

Y aquellos gritos desesperados, ¿de dónde vienen? Parten del corazón desgarrado de la joven viuda del compañero Calderón que rindió

su vida heroicamente en esta jornada, sirviéndole de tumba las aguas del caudaloso Amarumayo.

Las iluminaciones de la gran fogata, revividas por el viento, dejan ver á la viuda velando ante la hamaca en que duerme el hijo del malogrado Calderón, mientras ella, en sus congojas, culpa al destino por sus crueldades!

—Usted se queja, le duelen sus heridas? me pregunta el indio que está sentado á mi lado.

Yo, sin contestarle, me envuelvo con más fuerza en mis frazadas: un frío corre por mi cuerpo, y ya muy tarde, cuando los bailadores buscaron el reposo, y los heridos y la viuda mitigaron en algo sus desgracias con el sueño, me revolvía yo en mi cama sin poder olvidar al compañero que luchó en vano contra los enfurecidos remolinos, con ojos desesperados, hasta que las olas lo llevaron á su profunda tumba!.....

. . . . .





## De regreso de Tres Cruces

Estamos ya de regreso. Atrás hemos dejado la inmensa planicie del Madre de Dios, esa encantada región que siglos enteros la han envuelto con sus fábulas y misterios, y que nosotros, guiados por una feliz estrella, la hemos cruzado, trayendo al mundo civilizado nuestras observaciones sobre esos países desconocidos.

Hemos llegado exhaustos á la cumbre del famoso Tres Cruces, esplendido observatorio de la Naturaleza, que permite contemplar ese mundo desconocido y fabuloso.

Como á la ida, reunidos en una roca sobresaliente, admiramos tan paradisiáco paisaje, alfombrado de verde, que se extiende al pié de la cordillera y en cuya inmensa pampa se cruzan, cual hilos de plata, los ríos

que constituyen la red fluvial. Allá lejos, donde el cielo parece juntarse con la pampa, se ve un río grande, el Manu ó Magno.

Los dioses de la montaña nos favorecieron entonces, pues las nieblas que casi siempre cubren este hermoso cuadro, estaban tan despejadas como el escenario de un teatro después de corrido el telón. Silenciosamente contemplamos estos países, recordando los miles de peligros, aventuras y sufrimientos, á la par que los elevados goces que como exploradores sentimos al abrir estas vírgenes regiones al comercio del mundo.

De repente, atrás del oscuro Ceoñec (hervidero), levántose una gran nube que extendiéndose desde el río hasta el cielo, se unió con otras compactas cargadas de tempestad.

--Calderón!, dice triste un compañero con voz lúgubre que interrumpió el silencio sepulcral de la puna, y todos inclinamos la cabeza en homenaje al pobre compañero que duerme el sueño eterno en las profundidades del Amarumayo, al lado de otros héroes como La Torre.

Dirijimos nuevamente la vista á la

pampa, pero una nube delgada se ha extendido por todo el horizonte cubriéndolo como un paño de luto. Meditabundos montamos nuestras cabalgaduras y galopamos á lo largo de la silenciosa puna, en medio de una tempestad que se desencadenaba furiosamente.







### **MOMENTO SUBLIME**

Las balsas están listas; toda la carga bien acondicionada y amarrada, precaución muy necesaria porque ignoramos la naturaleza del río que vamos á bajar. Nadie lo conoce, y, por el contrario, existen diversas opiniones entre los geógrafos respecto á su curso y unión con otros ríos, problemas que nuestra expedición va á resolver.

Sobre los bultos colocamos unos remos y rifles: los primeros para dirigir nuestras débiles embarcaciones por entre los remolinos y corrientadas del río, y los segundos para forzar el paso por entre las tribus guerreras de los huachipairis, sirineiris y mashecos. En la proa de una de las naves izamos la bandera



nacional, que el fuerte viento del norte desplegó.

La expedición se componía de 35 hombres, pero sólo siete de ellos pudieron acompañar á su jefe en su arriesgada navegación aguas abajo; los demás regresaron á sus hogares.

— Amigos, alístense, les dije á mis siete compañeros, que estaban haciendo los últimos preparativos.

Y se ve á un soldado que entrega una misiva para su prometida, en la que se despide y ofrece volver pronto; otro da una carta para su familia, encargando mil cosas más verbalmente; un alemán, que ha recorrido el mundo en todas sus partes, adivinando los grandes peligros que esperan á la expedición, recuerda á su anciana madre y le escribe sobre retazos de papel todo lo que siente su corazón; cerca de la carpa se ve arrodillado ante un padre dominico á un soldado, recibiendo la absolución después de haberse confesado; y al borde del río, con los brazos cruzados y la vista fija en el horizonte, se halla el jefe de pié. ¡Qué pensamientos deben asaltar á este hombre que deja también familia y

amigos! ¡Cómo debe pesarle la responsabilidad que tiene sobre las vidas de sus compañeros!

Por fin dispusiéronse todos á embarcarse, y como agrupáranse antes á mi alrededor, les dirigí estas breves palabras:

—Amigos míos: ustedes conocen el objeto y la importancia de nuestra expedición y comprenden también el peligro que nos espera; tal vez ninguno de nosotros regrese de este viaje, pero yo prefiero embarcarme sólo antes de tener por compañeros á hombres que vienen contra su voluntad. Quien lo desee puede regresar á Cosñipata.

Todos en un instante y sin titubear me siguieron á las balsas, no sin despedirse antes desde á bordo de los que quedaban en la playa, con estas ó parecidas frases:

—Adiós amigos.

—Adiós, salude á mi mujer.

—Salude á mi padre.

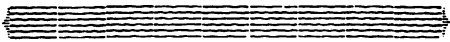
—No olvide las cartas.

Quitáronse los cables, se empujó las balsas á la corriente y dí la orden de marcha.

Las dos embarcaciones deslizáronse sobre las aguas en medio de los

¡hurras! de los navegantes y de los que estaban en la orilla; pronto las tomó la corriente y en veloz carrera se dirigieron río abajo. Una isla les interceptó la vista de los amigos que se quedaban, y siguieron adelante por el espumoso y desconocido río, á esperar la suerte que la Providencia quisiera depararles.





## **Creencias y supersticiones de los muratos y aguarunas**

Nuestro campamento se halla instalado en la extensa playa derecha del río Pastasa. Una noche tibia con sus sombras profundas nos envuelve. Allá lejos, muy lejos, en la dirección donde se levanta la inmensa masa del Cotopaxi, cruzan los relámpagos el lejano horizonte.

Al rededor de las fogatas, sobre blanda arena, estamos echados tres blancos y unos diez indios pertenecientes á la gran tribu de los muratos que viven á lo largo del río Pastasa y de las lagunas situadas al centro.

Los muratos, desde tiempos remotos, han vivido en esta región, sin que ninguna tribu enemiga haya podido desalojarlos de sus paradisíacos

países. El pacífico murato es respetado hasta de los guerreros huambisas.

Siguiendo mi costumbre de enterarme de las ideas, idiomas y creencias de las tribus salvajes, entablo conversación con mis amigos muratos.

—Muca (nombre del más viejo de ellos), dime ¿de dónde vinieron los primeros muratos, tus abuelos?

—Mis abuelos, blanco, que fueron también los tuyos, nacieron de la tierra y vivieron en una gruta subterránea. Un gran tigre se apostó á la entrada y les impidió la salida. Entonces un racional, un valiente, se batió con el tigre y después de larga lucha lo mató, saliendo de la cueva todos los hombres. Como estuvieran muy sucios por el largo tiempo que permanecieron debajo de la tierra, encendieron una fogata y calentaron agua en una gran tina de barro para lavarse. Los primeros que se lavaron salieron blancos, tus abuelos; los segundos que usaron agua ya medio sucia fueron los muratos, aguarunas, antipas y huambisas, y los últimos que se lavaron en agua sucia salieron negros,

como más tarde hemos tenido ocasión de admirarlos.

Tras un corto silencio y sirviéndome té, vuelvo á preguntarle:

—Díme Muca, ¿por qué no matan ustedes los lagartos y por qué se asustan tanto cuando yo mato uno?

—Nosotros los muratos, me replicó, no matamos ningún lagarto, porque es un crimen que castiga muy duro la madre de los lagartos, como una vez sucedió con los muratos.

—Cuéntame eso Muca.

—En las orillas de la gran laguna que tú conoces, vivían muchos muratos. Cierta día un joven de entre ellos estaba pescando en la laguna: un lagarto chico comió el anzuelo con la presa y el murato mató al lagartito. Como esto lo viera la madre de los lagartos se enojó mucho, y para castigar el crimen se propuso ahogar á todos los muratos. Para lograr su fin, batió rabiosamente con su cola el agua de la laguna que principió á subir y salir de los bordes. Pronto se inundó el país, quedando sólo las puntas de los árboles en seco. Todos se ahogaron y solamente un murato que atinó á encaramarse á la punta de un **pivai** (palma), que-

dó sentado en las ramas. Todo permaneció en seguida en profunda oscuridad; las nubes habían cubierto el sol. Al cabo de unos días quiso el murato bajar del árbol, pero casi se ahoga porque el agua estaba muy alta todavía. Subió otra vez á su sitio y diariamente arrojaba una fruta del pivai; á los ocho días oyó aún el golpe que hacía la fruta al caer en el agua, pero al noveno, sintió que caía en seco, y entonces bajó del árbol. Como se hallara sólo plantó un pedazo de su carne en el suelo y creció la mujer con la que vivió á orillas de la laguna, jurando antes á la madre de los lagartos que ninguno de su familia los mataría ó haría daño alguno, juramento que han cumplido los muratos y por esto no han vuelto á sufrir otra inundación tan terrible.

Al terminar Muca su curioso relato, estaban medio extinguidas las fogatas y un viento fresco soplabá de la cordillera. Añadimos un nuevo trozo de leña á la candela, nos envolvimos en las frazadas y nos entregamos al sueño.

Cuanto al nombre de Amazonas y á la existencia del imperio de mujeres

guerreras, cuenta la historia que Orellana, en su atrevido viaje desde Quito, bajando el Napo y después el Amazonas, fué atacado frente á la boca del río Nahumedes, afluente del último, por una tribu de mujeres aguerridas, por lo que dió al río el nombre de Amazonas.

Mis cruzadas me llevaron también por esos lugares, y dejando los remos esperé con mucho gusto el ataque de esas valerosas mujeres; mas ví frustradas mis esperanzas, y juzgando, con honda pena, de que acaso mi persona no fuera digna de sus conquistas, echéme á buscarlas, sufriendo inmenso desengaño.

Orellana, al bajar el Amazonas, tomó por mujeres á los hombres de la tribu de los Nahumedes, en razón de que tanto las unas como los otros, —cosa que acontece también en la mayor parte de las tribus de la pampa amazónica,—usan “cushma”, y cabellos largos, lo que hace difícil distinguir los sexos á cierta distancia.

Ustedes, mis amigos, estacionados en las tardes en las esquinas de los Portales ó Mercaderes, están más



expuestos á ser flechados por las amazonas limeñas, que por las auténticas de la región oriental.









### **En pos de la fortuna**

Eramos tres cuando salimos de Puerto Bermúdez en una canoa balsada: los jóvenes limeños Torres y Polac, y el que estas líneas escribe.

Acababa de concluir mis estudios en la vía del Pichis y preparábame para regresar á Iquitos, cuando estos dos jóvenes se me presentaron suplicándome los llevara en mi compañía. Acepté desde luego, por la simpatía que me inspiraron personas que en tan temprana edad dejaban las comodidades de su hogar para lanzarse al rudo trabajo de la montaña en pos de la fortuna.

Nos embarcamos al día siguiente, tomando proa río abajo. Nuestro viaje fué penosísimo: fuertes calores con los que sufrieron especialmente mis dos compañeros no acostumbra-

dos á estos climas, se alternaron con días de copiosas lluvias.

Durante el monótono viaje que hicimos, nuestra conversación se concretó principalmente al porvenir de mis jóvenes compañeros, que ansiosos de formarse un modesto capital por sus propios esfuerzos, se aventuraban en tierras desconocidas para adquirirlo, á fin de regresar luego á Lima á disfrutar de él y colmar sus aspiraciones.

¡ Pobres muchachos ! Cuán poco conocían la vida, que sólo es una incesante lucha por la existencia, cuando creían que en poco tiempo y acaso con poco trabajo podían acumular una fortuna !

Conozco á muchos que ahora años vinieron con las mismas esperanzas, y á cuántos de ellos he visto regresar cansados, desengañados y tan pobres como antes, llevando tan solo como caudal adquirido la experiencia.

El joven Torres merece una mención especial: sus ideas pasaban el nivel general de las aspiraciones; un fin muy laudable lo impulsó á labiarse por sí mismo un capital reducido, lo suficiente para permitirse

realizar la noble idea que acariciaba en su mente juvenil: dirigirse á Estados Unidos á terminar su carrera de ingeniero, que con tanta vocación como entusiasmo iniciara en la escuela especial de Lima.

Veintiseis días duró nuestra navegación en canoa, pernoctando unas veces en hospitalarias casas de cau-cheros, ó en solitarias playas que nos brindaban en su movediza y fresca arena lugar más propicio para pasar la noche.

Después de algunos días de bajada hallamos la lancha á vapor "Clara" en la que nos embarcamos, llegando en cuatro días más á Iquitos, donde mis dos amigos se despidieron dirigiéndose á la casa del hermano del joven Torres.

Pasé mis primeros días en la capital del rico departamento de Loreto, sumamente ocupado. Como mi ausencia de ese puerto fluvial, el más comercial del Amazonas peruano, había durado varios meses, tenía acumulados muchos quehaceres, lo que no me permitió buscar á mis compañeros de viaje. Pasados unos cinco días me encaminé á visitarlos. Era

una hermosa tarde en que un viento fresco soplabá sobre la inmensa pampa amazónica refrescando la atmósfera; las palmeras se doblaban bajo el impulso de la brisa. La ciudad, desierta generalmente durante el día, revelaba un movimiento inusitado: todos salían á aspirar ese refrescante ambiente que viene del lado del Amazonas: todo respiraba en aquellos momentos un hálito de vida agradable en un clima por lo general cálido.

Mas, noto que allá lejos viene un cortejo fúnebre: un carro mortuario se acerca acompañado de amigos, que llevan á la última morada á uno de sus íntimos que acaba de ser víctima de la horrible parca.

Los transeuntes nos detuvimos para dejar pasar el ataud, ante cuya vista nos descubrimos respetuosamente. Luego seguí mi marcha en busca de mis compañeros de viaje, y de pronto, ávido de curiosidad, pregunto á alguien que pasa por mi lado el nombre de aquel que llevan al Cementerio, y éste que me conocía sin duda, me dice acongojado:

—¿No lo sabe usted? Es el joven Torres que vino con usted última-

mente. Una fuerte fiebre lo lleva al sepulcro . . . . .

Con el corazón oprimido por dolor sincero, me agregué al cortejo fúnebre que conducía los restos de mi buen amigo, al que esperaba encontrar con vida momentos antes; cumplí con el penoso deber de dejarlo en su solitaria fosa; y al regresar venía pensando en sus prometedoras palabras, en sus sueños dorados, en sus ilusiones perdidas en tan poco tiempo por la fuerza del destino: “Cuando tenga un par de mil soles, me voy á la América del Norte á concluir mis estudios” . . . . .









### **Quinientas veces compadre.**

Mis lectores se habrán reído muchas veces al advertir que trato á los habitantes de las selvas como amigos; ¡cuánto no se reirán ahora que sepan que con muchos de ellos me unen vínculos espirituales!

¿Cómo? Voy á contárselos en seguida.

Radicado algún tiempo en Iquitos, se apoderó de mí vehemente deseo de conocer la montaña y la red fluvial del oriente; esto me empujó inadvertidamente á la navegación de los ríos amazónicos.

Me hice entonces comandante de uno de los vaporcitos que hacía frecuentes viajes de aquel puerto á las numerosas estradas gomeras de ese intrincado laberinto acuático, según

convenio anticipado con los caucheros y comerciantes.

Un día que pasaba por la calle de Próspero,—algo así como la recta de la Unión en Lima,—bien pegado á las paredes para aprovechar de la sombra, me encontré de manos á boca, como se dice, nada menos que con el cura de la extensa parroquia iquiteña.

—¿Cómo está usted señor cura? le pregunté.

—¿Y á U. cómo le vá don Jorge? me contestó, interrogándome á su vez. ¿Cuándo va usted con su lancha al Ucayali ó al Tapiche?

—Dentro de tres días cuando más.

—Magnífico, yo voy con usted.

—Con mucho gusto le respondí.

Nos dimos un apretón de manos y cada cual siguió su camino.

A los pocos días nos hallábamos reunidos á bordo de mi vapor “Inca”; yo pensando en un feliz viaje, aguas arriba del Amazonas, conduciendo valioso cargamento; y el cura ansiando casar y bautizar á numerosos individuos de las tribus que pueblan las ricas márgenes del Amazonas y Ucayali, á fin de cosechar monedas

Atracamos al cabo á uno de esos tantos puestos de caucheros ó shiringueros en que abundan las orillas de tan privilegiados ríos. A poco, infinidad de seres humanos vinieron á nuestro encuentro, sabedores de que un hombre de hábito talar los visitaba: unos deseosos de unirse con los lazos indisolubles del matrimonio; otros con el de que el agua purificadora del bautismo cayera sobre las infantiles cabezas de sus hijos.

La aglomeración de gente era grande: parecía que querían dar mayor realce á la ceremonia, pues novios y novias, padres y madres, hijos é hijas, todos se habían allí reunido, y solicitaban con instancias que interviniera yo como padrino en cada uno de esos actos.

—Compadre, háganos este favor, me decían á cada paso y por todos lados.

Y cirio en mano, en el curso de un mes que duró nuestro viaje, apadrino: ya multitud de enlaces, ya gran número de ingresos á la comunidad cristiana, emparentándose espiritualmente con unas quinientas familias, que me dán el favorecido título de compadre.

Esa abrumadora masa de casamientos, esas tantas solicitudes para que presenciara matrimonios, hicieron en mí un gran efecto, y hoy mismo me pongo nervioso cuando oigo pronunciar tales palabras, razón por la cual, queridos lectores, permanezco aún soltero.

En mis frecuentes viajes por las profundidades de las selvas, gran número de los que pasan ahí su accidentada vida salen á recibirme, haciéndome este significativo saludo:

—¿Cómo estás compadre? ¿Qué nos traes?

Lo que bien á las claras demuestra que toda medalla tiene su reverso.





### La carta de la madre.

Veníamos de la montaña, del país tropical.

Eramos seis hombres, ó más bien seis esqueletos: los indescriptibles sufrimientos porque habíamos pasado, tenían que continuar hasta que llegáramos á parajes civilizados. Nos faltaba cruzar la inmensa cordillera con su blanca nieve y con su frío intenso, más impresionable entonces para nosotros, que llegábamos de cálidos lugares.

Como el sol ocultábase ya atrás de las cumbres occidentales, busqué un refugio para pasar la noche. Hallé al fin una roca inclinada que por uno de sus lados ofrecía abrigo contra el viento. Cansados, nos tendimos sobre el mojado suelo, y como nuestros cuerpos estaban helados,

mandé buscar huano de llamas con qué encender una fogata. Pronto tuvimos cantidad suficiente; pero la humedad impidió encenderla, aparte de que no contábamos con un pedazo de papel con qué avivar la llama, no obstante de buscarlo infructuosamente en nuestras ropas. Desesperados, nos envolvimos en nuestros trapos, resueltos á pasar la noche de cualquier modo.

Densas nieblas cubrían ya todo el horizonte, á las que bien pronto vinieron á hacerles compañía las oscuras sombras del sol poniente: un frío glacial entumecía nuestros cuerpos: los quejidos y la tos aumentaban en nuestro improvisado y forzoso campamento.

Como no tuviéramos con qué hacer fuego, pedí á mis compañeros aunque fuera un retazo de papel con qué procurárnoslo. Todos buscaron ansiosos otra vez en sus bolsillos, pero tan infructuosamente como antes.

—Usted tiene una carta vieja, dijo uno de ellos á otro: un hombre como de 40 años de edad, que revelaba en su larga barba y apagada fisonomía, pertenecer á esos seres humanos que

cruzan el globo en todas direcciones, empujados por un misterioso resorte.

El tan directamente interpelado quedó por un momento silencioso; no se resignaba, á pesar de la fuerza de las circunstancias, á desprenderse de un recuerdo para él tan querido. Mas, la recia tos que de pronto acometiera á uno de nosotros lo decidió, y alargando con mano trémula un papel semiestrujado, entrególo á aquel que se lo demandara, no sin depositar antes en él un apasionado y respetuoso beso.

Un minuto después las llamas de una gran fogata calentaban nuestros ateridos miembros: ya no se escuchaban esos castañeteos de dientes, ni esos quejidos que nos arrancaba el intenso frío de la puna: las espectoraciones y toses iban cesando paulatinamente, y á los pocos momentos, merced al calor que nos transmitieran las lenguas de fuego con que nos obsequiara la carta querida, que con desprendimiento heroico nos suministrara el compañero, nos hallábamos todos contentos. ¡Es tan poco lo que necesitamos los peregrinos de las selvas!....



Pero noto que hay alguno que se esfuerza por aparentar satisfacción. Su fisonomía revela, á la par que sosiego físico, gran excitación moral: es aquel que con dolor en el alma, desprendióse con mano temblorosa de ese pliego arrugado, lleno de minúscula letra entintada, mezclada con lágrimas, con que pudimos encender la fogata.

Meditabundo y acaso pesaroso por el inmenso sacrificio que habíase visto obligado á hacer, permaneció sólo, lejos de nosotros, como si el abrigo de ese fuego que él nos proporcionara le causara algún remordimiento. . . . . ¡Gozábamos de una alta temperatura artificial á trueque de sus congojas; mientras él, apartado de ese cómodo ambiente, apenas si pensaba en aprovecharse de ese calor que le enfriaba el alma . . . .

Con ojos velados por las lágrimas, que sin querer se le escapaban, miró las llamas cuyo humo ascendía lentamente hacia el cielo en caprichosas espirales; lágrimas que atribuimos á la humareda que despedían los maderos recién cortados del árbol, que añadíamos al fuego. ¡Cuán ligeramente juzgábamos los acerbos

dolores de un corazón tierno y delicado! ¡Cuán injusta es la imaginación que no puede comprender cómo un hombre acostumbrado á afrontar con serenidad los mayores peligros, derrame lágrimas como un chiquillo por una cosa al parecer nimia!

Francamente, lo digo ahora sin embozo, resistíame á creer que hubiera sér que llorara por cualquier sufrimiento pasajero, cuando en otras ocasiones lo había visto tranquilo, sin emoción alguna, en los momentos de mayor angustia de nuestra accidentada expedición.

Asáltóme entonces de súbito un pensamiento, y adivinando su respuesta le pregunté con ansiedad:

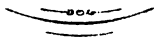
—Weis,—así se llamaba mi compañero,—acaso se ha desprendido de algún papel muy querido, para proporcionarnos medios de encender una fogata que tanto necesitábamos?

Un gemido, más que palabras, balbucearon sus labios, gemido que parecía arrancado de su noble pecho. Apenas si pude comprender que me decía:

—Es la última carta de mi madre!

· · · · ·  
Un silencio sepulcral sucedió á esta conmovedora frase que nos desgarró el corazón ¡Nosotros también teníamos madre! . . . . .

Y estos hombres que juegan diariamente la vida en sus peligrosas excursiones por países desconocidos, con el deseo de ofrendar á su patria, nativa ó adoptiva, nuevos campos de riquezas, llevaron sus manos á los ojos para secar las lágrimas que una emoción muy natural las hacía derramar, . . . . . disculpándose, por no entristecer más á Weis, con el mucho humo que despedía la hoguera que nos calentaba. . . . .  
· · · · ·





## **El Imperio de las Amazonas**

Hallándome en Lima cierto día, después de unos meses de ausencia en mis peregrinaciones por el privilegiado territorio oriental peruano, algunos amigos que me acompañaban á tomar un cocktail en la Casa Broggi, antes de irnos á comer, me hicieron esta pregunta:

—Amigo von Hassel, usted que tanto ha viajado por nuestro oriente; ¿podría decirnos qué sabe sobre el origen del nombre del gran río Amazonas y sobre la existencia de un imperio de mujeres guerreras que, según tradición, ha existido ó existe en la hermosa cuenca de aquel río?

—Francamente que la pregunta de ustedes me pone en aprietos para contestarla, les respondí; pero como creo que lo que ustedes desean sa-

ber, es algo que se refiera á esas flores de la selva que adornan las idílicas moradas del salvaje en las profundidades de la montaña, como sus cultas congéneres alegran los nidos de la civilización, voy á decirles algo sobre ese ser tan querido, confidente de nuestras más caras ilusiones.

La mujer en todas estas zonas es tema interesante, y puedo asegurarles que me he ocupado un tanto en su estudio, que—á decir verdad y con gran reserva,—muchas veces me ha parecido más importante que mis investigaciones geográficas. La mujer de las selvas amazónicas es en todo idéntica á la que vive en medio de la civilización; pues allá como acá, agota su ingenio por prodigar al hombre todo lo que presume agradarle: se adorna con las flores naturales del monte, en que no faltan por supuesto las orquídeas; con las vistosas plumas de las aves, sobretodo de los colibrís; con las elegantes mariposas; con las alas tornasoladas de coleópteros; con huairuros; en fin, con cuanto objeto fascinador halla á mano; y armada así con estos atracti-

vos, al igual de la gran dama de nuestra sociedad que contempla su agraciado rostro en pulido veneciano espejo en que resaltan su belleza y sus joyas, la mujer selvática admira sus gracias en las mansas aguas de un riachuelo ó en las tranquilas de una laguna.

Como conoce perfectamente las debilidades de su marido, consigue de él, por lo general, cuanto pretende.

¡Cuántas veces no he aprovechado de estas circunstancias en mis viajes! El salvaje flojo, intratable, indiferente á los mayores halagos, se anima de repente después que unos espejuelos ó collares de cuentas vidriadas han hecho efecto á los ojos de la mujer que le pertenece. No obstante, no siempre consigue ésta, por sus encantos, al hombre que pretende: usa armas de más grueso calibre. Yo he visto á la mujer de un aguaruna que quería obligar á su marido á que regresara á su tribu, (esto sucedía entre una tribu extraña) á lo que él se resistía,—porque á donde fueron de visita había bastante “masato”—dirigirse á su aloja-

miento allí cercano, después de infructuosos esfuerzos para conseguir su objeto, echarse en la tarima que les servía de provisional lecho y ponerse á dar desaforados gritos y quejidos. Al escucharlos nosotros corrimos al sitio de donde partían tan desgarradores lamentos, y nos hallamos con la mujer, al parecer moribunda, pues había pretendido estrangularse con una débil soga.

Al contemplar este cuadro el crédulo y asustadizo marido, cargó con todos sus adminículos y acompañado de ella, volvió con apresurados pasos á su tribu, mientras la mujer sonreía complacida. Esta sonrisa que también se manifestaba en el malicioso semblante de las demás mujeres que quedaban en la choza, revelaba, como tuve ocasión de saberlo después, que la simpática salvaje había empleado un simulacro semejante al del desmayo, recurso tan conocido en nuestro mundo social.

Todas las tribus que conozco son partidarias de la poligamia, y es cosa de admirar cómo las seis ó más mujeres del mismo hombre viven en paz. Los celos son patrimonio casi

exclusivo de éste; él las vigila con ojos de águila y cualquier mal paso de ellas termina regularmente de modo trágico. Las frecuentes guerras entre las diversas tribus son ocasionadas casi exclusivamente por el propósito de robarse unas las mujeres de otras.

Entre los aguarunas, machigan-gas, campas, conibos, y shetibos, la mujer ocupa posición más elevada que entre las otras tribus. En todas ellas trabaja más que el hombre. Una vez que este roza el terreno, la mujer hace los cultivos, cosecha, prepara la comida, etc., en tanto que el hombre permanece echado en el suelo sobre una estera, de la que solo se levanta de vez en cuando para cazar en el monte ó para hilar ó tejer. Cuando se ofrece, ya se ocupa en construir su morada, ya una canoa para sus viajes fluviales. El trabajo principal de la mujer es la confección del “masato”, especie de chicha fermentada, á la que se dedican especialmente las ya ancianas.

Entre los salvajes, las mujeres de edad no gozan casi de consideración. Una tribu, como la de los ticunas,



hacen que ellas preparen el veneno “aimpi”, que las mata por los vapores que despiden las ollas en que lo cuecen. Los aguarunas, antipas y huambisas, tienen afición por las mujeres blancas: la destrucción de los pueblos Santiago de Borja, Santiago del Oro, Puyaya, Copallín, Jaén Viejo y otros, fué motivada, á no dudarlo, por el deseo que tenían estas tribus guerreras de poseer mujeres blancas.

En 1896 atacaron los huambisas la hacienda Barranca en el Alto Marañón, mataron á los hombres y se llevaron seis mujeres, entre ellas una limeña, casada con un Revoredo, empleado de la citada chacara. Esta señora vive todavía como mujer de un aguaruna en el río Morona.

El año pasado (1904) las tribus antes mencionadas atacaron á los colonos del Alto Marañón entre el Pongo de Manseriche y el río Imasa, mataron á 70 hombres y se llevaron 15 mujeres.

Cuanto al nombre de Amazonas y á la existencia del imperio de mujeres guerreras, cuenta la historia que Orellana, en su atrevido viaje desde Quito, bajando el Napo y después el

Amazonas, fué atacado frente á la boca del rio Nahumedes, afluente del último, por una tribu de mujeres aguerridas, por lo que dió al rio el nombre de Amazonas.

Mis cruzadas me llevaron también por esos lugares, y dejando los remos esperé con mucho gusto el ataque de esas valerosas mujeres; mas ví frustradas mis esperanzas, y juzgando, con honda pena, de que acaso mi persona no fuera digna de sus conquistas, echéme á buscarlas, sufriendo inmenso desengaño.

Orellana, al bajar el Amazonas, tomó por mujeres á los hombres de la tribu de los Nahumedes, en razón de que tanto las unas como los otros —cosa que acontece también en la mayor parte de las tribus de la pampa amazónica,—usan “cushma”, y cabellos largos; lo que hace difícil distinguir los sexos á cierta distancia.

Ustedes, mis amigos, estacionados en las tardes en las esquinas de los Portales ó Mercaderes, hacen bien en dejarse flechar por las lindas amazonas limeñas, ya que las genuinas de las selvas no gustan de hom-

bres que tienen necesidad de trasquilarse.





## El Inca.

En 1896 hice una de mis cruzadas por Sud América, llegando al Cuzco, la ciudad de los Incas.

Hacíabamosnos reunidos en el hotel muchos amigos entretenidos en amena charla, cuando acertó á entrar una persona para mí desconocida.

—Señores, levántense que viene el señor ministro, dijo uno de mis contertulios que me había cautivado por su buen humor.

Una risa general recibió estas palabras.

Miré hacia la puerta, y ví que entraba un hombre alto como de 45 años de edad, que vino á sentarse á nuestro lado. Era un paisano mío llamado Patberg.

Mi vecino, el joven alegre, me lo

presentó, dándome la siguiente explicación, sobre el título de ministro que le había dado.

—“El señor Patberg, principió mi amigo con su tono y gesto humorístico habituales, es el gran jefe de la cancillería del gran imperio incáico que gobierna el inca Tuto Lamp, y como usted, señor Von Liassel, ignorará la existencia de este poderoso imperio, así como del inca que lo preside, voy á ponerlo á usted en autos.

“Un alemán nombrado Carlos Lamp, residió por largos años en el Cuzco y pueblecitos más al interior. Contrajo allí matrimonio con una joven india, la que, según tradición, descendía de una noble familia incáica. Lamp, desde un principio, fué admirador entusiasta de la cultura de los hijos del sol, estudio por el que se interesó más en razón de poseer perfectamente el idioma keshua.

“No queriendo comprender la gran diferencia que existe en los pueblos indígenas de la época de los incas con los actuales, forjóse, poco á poco, la ilusión de restablecer el poderoso imperio que sojuzgaran los españoles.

“Impulsado de una parte por sus propias quimeras, que eran secundadas por uno de sus compañeros tan entusiasta como él, y de otra, por la simpatía de que gozaba entre los indios moradores de esos pueblos, sublevóse á la cabeza de un numeroso grupo de ellos.

“Unos cuantos tiros que dieron por resultado la fuga de las autoridades, fueron las primeras consecuencias. Mas, á poco, cayeron Lamp y muchos de sus secuaces en poder de una fuerza militar, pues cometieron la imprudencia de entregarse al sueño en los potreros de una hacienda, sin hacer los menores preparativos para evitar una sorpresa.

“Patberg, que fué uno de los primeros partidarios de Lamp, también cayó prisionero, desvaneciéndose así todas sus esperanzas de ser uno de los ministros del imperio que pensaba restablecer su amigo con su audacia.

“Lamp fué desterrado, y después de atravesar Bolivia y la República Argentina, se dirigió á Europa.

“Algunos años después se embarcó en Bremen nuevamente para Améri-

ca, abrigando siempre sus mismos quiméricos ideales.”

.....  
Patberg, en 1898, me acompañó en mi expedición al pongo de Mainiqui, pereciendo ahogado en uno de los remolinos del Yavero. Gozó entre los machigangas de gran influencia y fué un atrevido explorador.





### **Mashco-Playa**

Ya declinaba el sol, cuando dí orden de atracar en la próxima playa.

El piloto, un indio piro, recibió la orden con disgusto, pues su cara se oscureció, y en su ademán violento se revelaba cierta resistencia; sin embargo, obedeció, y pocos momentos después atracamos en la orilla del Manu. Establecido nuestro campamento, como de costumbre preparamos nuestra frugal comida; media hora después todo el mundo eligió á su antojo un sitio al rededor de la fogata, á cuyo resplandor las sombras de nuestros cuerpos parecían figuras fantásticas en la blanca arena.

La luna, con su melancólica y plateada luz bañaba el gigantesco y denso monte que cubría la gran pla-



nicie. Reinaba una tranquilidad de cementerio al rededor de nuestro campamento, que nada interrumpía, excepto el aleteo de uno que otro murciélago ó vampiro que describían anchos círculos al rededor de nuestra fogata. Todos dormían cansados por las fatigas de su faena. Nuestro popero Mariano, viejo indio piro y yo, éramos los únicos que velábamos: el indio, con la vista inmóvil, contemplaba las volutas fantásticas del humo de la fogata, echado sobre su frazada como una figura de bronce.

Yo interrumpí por fin el silencio, dirigiéndole esta pregunta.

—Dime, Mariano, ¿por qué no quisiste abordar esta playa?

—Es la Mashco-Playa, “patrón”, me contestó con voz gutural.

—Pero eso ¿qué importa? A ver Mariano, cuéntame por qué.

El indio se incorporó un poco, alimentó con nuevos palos secos la fogata y principió su relato:

—Largo tiempo hace habitaban en las márgenes de este río los mashcos, tribu valiente y guerrera que vivía trabajando sus chacaras, cazando y pescando como las demás.

Por aquella época llegaron los blancos con su jefe Fitzcarrald á buscar el caucho, alarmando á los mashcos con su presencia.

Un día se presentó Fitzcarrald con numerosa gente en esta playa, sin que nadie hubiese sentido la presencia de los blancos. Tan repentino fué el encuentro, que nadie pensó en retirarse ó huir.

Fitzcarrald se acercó, acompañado de su intérprete, al curaco mashco, explicándole que estaba en su interés propio y en el de su tribu dejar de hostilizar á los blancos. El curaca contestó que él y su tribu eran los únicos dueños de estas aguas, bosques y chacras; que, por otra parte, él no había llamado á los blancos y si éstos querían la paz debían retirarse. -

Al declarar Fitzcarrald por su intérprete que su gente era muy superior á los mashcos por sus armas, el curaca miró con desprecio los rifles que formaban el armamento de los caucheros, y pidió una de las flechas con que tiraban. Fitzcarrald le alcanzó una cápsula de Winchester, el curaca la recibió y se golpeó con la punta roma de la bala su bra-

zo desnudo y como no le produjera ningún efecto la arrojó con desprecio, diciéndole:

—Ve, blanco, nuestras armas.

Y punzándose con la aguda flecha el mismo brazo del que brotó sangre, volvió tranquilamente las espaldas á Fitzcarrald, reuniéndose con sus indios.

Pocos minutos después se inició el combate; los pobres indios, aterrizados por la horrible detonación de tantos tiros y el funesto efecto de las armas de fuego, no opusieron gran resistencia.

En pocos momentos, más de cien masheos cubrían la blanca arena con sus cuerpos ensangrentados, entre hombres, niños y mujeres. Los pocos que escaparon á la matanza llevaron á sus paisanos la triste noticia de su desgracia. Todos se internaron más al centro de sus bosques, evitando desde luego el contacto con los blancos, que tienen en su poder el relámpago y el trueno del cielo.

Largo tiempo quedaron infestadas las aguas del río por los cadáveres de los pobres masheos.

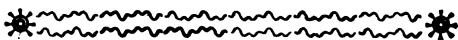
Volvió á reinar el silencio, la luna

se ocultó detrás de una nube espesa y las tinieblas, al levantarse del río, formaban figuras fantásticas sobre el monte.

—¡Patrón! ¡Los mashcos muertos! murmuró el piro, apretando la cara sobre la arena.

Mucho rato me quedé sin poder conciliar el sueño, pensando que el caucho, el oro negro de la montaña, exige no sólo el sudor del hombre de trabajo, sino también torrentes de sangre y la ruina de tantos pueblecitos de indios.





### **El Apu Pumacahua.**

—Allá está la hacienda, tiene una casa cómoda con toda clase de recursos, me dice un guía piro, que conmigo se hallaba dentro de una choza medio caída de un indio de la puna.

• —Aquí nos quedamos, le contesté bajando del caballo y saludando á un viejo indio, que salió del tambo á nuestro encuentro.

Llevaba á cabo uno de esos frecuentes caprichos que han sido siempre la desesperación de mis guías; pues en lugar de aceptar la hospitalidad de la hacienda donde hubiera tenido cama cómoda y buena comida, me eché como otras veces sobre el suelo desnudo, tan sólo para escuchar los cuentos y tradiciones de los indígenas.

Pronto estuvimos instalados : los caballos en el pasto, nosotros en la morada al rededor de una fogata.

Un viento huracanado soplabá fuera, haciendo crujir las cañas y ramas de nuestra rústica y momentánea residencia. La hora y el lugar eran, pues, apropiados para hacer que la imaginación divagara.

—A ver viejo, cuenta algo, dije al dueño de la casa.

Este, después de atizar el fuego y de pensar un instante, dió principio á su relato en esta forma:

—Vea U.; allá, donde el río corre por un cauce estrecho, fué el campamento del Apu Pumacahua, quien con mucha gente estuvo listo para atacar á los españoles que se hallaban atrincherados en Paucartambo. Por aquella época toda la comarca estaba en guerra, pues Tupac Amaru Inca levantó la voz, llamando á su pueblo para arrojar del país á los “viracochas”.

Los españoles no tuvieron buena suerte en Paucartambo y hasta lograron los indios cortarles toda comunicación con el Cuzco; y el Cuzco mismo vióse amenazado, faltando

poco para que perecieran todos sus habitantes.

Pumacahua, á fin de no exponer á sus guerreros á las armas españolas que contaban con muchas bocas de fuego, ordenó á su gente hacer una represa en el río para acumular las aguas, á fin de soltarlas luego en el valle de Paucartambo y ahogar á los españoles. De esta manera ninguno de ellos moriría por las armas europeas.

Con gran empeño cumplieron los pueblos la orden de su Apu, y bien pronto levantaron un inmenso dique en que represaron las aguas del correntoso Paucartambo ó Mapacho, dando orden Pumacahua de que se soltaran al amanecer del siguiente día. El entusiasmo de los indígenas era grande y hallábanse ansiosos todos de contribuir á la inundación proyectada, que había de librarlos del yugo español. Sólo uno de los jóvenes guerreros mostrábase indiferente en medio de ese torbellino de contento y alegría.

Este era aquel que en el consejo de guerra en que se resolvió la construcción de la represa, había defendido con calor el plan de atacar á



los conquistadores con arma blanca, matar á los hombres y perdonar la vida á las mujeres. Pero sus ideas no prevalecieron en esa asamblea, acordándose siempre acumular las aguas para desbordarlas luego, cual impetuoso é incontenible torrente, sobre los audaces invasores, con lo que esperaban conseguir el exterminio de todos ellos.

Por largo rato permaneció el joven guerrero indeciso ; pero tomando de pronto una determinación : deslizóse sigilosamente del campamento, y, dirigiéndose al pueblo, trépase con la agilidad de un gato á las murallas, y una vez dentro encaminóse á casa del cura.

El indio conocía á palmos la población por haber vivido en ella varios años, durante los cuales tanto el cura como su hermosa sobrina le habían enseñado, no sólo el castellano, sino también la doctrina cristiana. Durante su estadía allí y con el frecuente roce con tan simpática familia, habíase enamorado perdidamente de su bella protectora.

La sublevación de Tupac Amaru y de Pumacahua, llevaron á este joven á las filas del ejército que sitia-

ba entonces á Paucartambo; y si bien, como buen patriota anhelaba el aniquilamiento de los soldados enemigos, deseaba á todo trance salvar á su amada del peligro inminente en que suponía se hallaba.

Enteró, pues, á la sobrina del cura del plan que los suyos iban á poner en práctica y del riesgo que corría quedándose en el pueblo, agotando toda su oratoria para inducirla á que huyera con él al Cuzco; mas la joven se negó á abandonar á su tío.

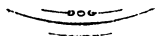
Entretanto el canto de los gallos anunciaba que los primeros rayos del sol aclaraban la atmósfera, y como se acercara la hora convenida para soltar las aguas, pretendió llevarse por la fuerza á la joven.

Como ésta se resistiera, acudió presuroso el cura armado de un rifle, y sorprendiendo al indio en lucha con su sobrina, descerrajóle un tiro casi á boca de jarro que lo dejó muerto instantáneamente.

Enterados entonces los españoles de los siniestros planes de los indios, hicieron una salida sorpresiva y destruyeron la represa, salvando así á Paucartambo y á su ejército de una

ruina completa. Poco después recibieron refuerzos de la costa con lo que consiguieron sofocar la sublevación, y tomando prisionero á Tupac Amaru, lo descuartizaron en el Cuzco, corriendo sangre y lágrimas por todo el país.

Terminaba su peroración el dueño de la choza en que nos hallábamos, cuando un fuerte viento que soplabá del nevado Ausangate nos hizo tiritar de frío. Alimentamos la hoguera con nuevos trozos de leña y bien envueltos en nuestras mantas nos echamos sobre el duro suelo, en busca de sueño, mientras un violento huracán hacía crugir nuestra débil morada.









### **La hija del cauchero.**

—Convenido, don Jorge, me dijo don Carlos, un cauchero.

—Convenido, le contesté; pasado mañana estará listo el “Inca.”

Nos dimos un apretón de manos y quedó cerrado el negocio, uno de tantos en que se arriesga la vida, la fortuna y hasta la tripulación toda de un vapor.

Se trataba de un viaje al río Blanco hasta sus cabeceras, río lleno de palos y de obstáculos, y uno de los más buscados campos de trabajo, por ser región en que abunda el caucho.

Dos días después hallábame á bordo de mi vaporcito, dirigiendo el embarque de los pasajeros y sus cargas. Eran estos hombres de color bronceado que llevaban bajo un

brazo el rifle Winchester y bajo el otro un acordeón. Venían seguidos de sus mujeres, que conducían una ó más criaturas y todos casi embriagados. Con gran algazara despedíanse de la muchedumbre que se aglomerara en la playa para ver la salida del vapor.

Hice sonar tres veces el pito y dí con el telégrafo la señal de partida y la pequeña nave deslizóse de la orilla tomando rumbo al sur. Los gritos de los pasajeros y del público dominaron casi la ronca voz de la sirena; y pronto una vuelta del río ocultó á Iquitos de nuestra vista, calmándose entonces la excitación ocasionada por la despedida.

En la cubiertase ven grupos tendidos, unos entregados al sueño, otros jugando pinta, que es la vida habitual á bordo de un vapor fluvial del Amazonas, unido á un concierto que forman los roncós sonidos de la máquina y las bulliciosas notas de tres ó cuatro acordeones que tocan los caucheros para ensayar cada uno diferentes piezas, y á los gritos desesperados de unos niños á los cuales pretenden sus madres hacerlos dormir.

Pronto la noche con sus velos negros cubrió la inmensa planicie, mientras la luna, al reflejar sobre las aguas del Amazonas, las hacía semejar á corrientes de plata fundida. El monte real con sus gigantescos árboles elevábase hasta el cielo cual oscura montaña.

Recostado en el timón contemplo las aguas que se deslizan velozmente á los lados del buque; creo que en esos momentos soñaba despierto.

Acostumbrados mis ojos á ver en la oscuridad, distinguí, al tornar la vista, á una persona que, como yo, gozaba contemplando los reflejos de la luna sobre el agua. Era la hija de un cauchero, cuyo padre se había ido al corazón de la montaña en busca del oro negro, del caucho. Tanto al padre como á su hermosa hija conocílos en Iquitos, y desde el primer momento inspiróme interés la niña por su carácter serio en una edad que calculo de 16 á 17 años. Con el cariño de una madre, se dedicó á la educación de su hermanita que tendría unos 6 años, procurando al mismo tiempo desempeñar todos los quehaceres de la casa, y ahora se dirigía al lejano monte á ha-



cer compañía á su padre y ayudarlo en su pesada labor, pues hacía algún tiempo había enviudado.

—Le gustan á usted las noches de luna? le pregunté

—Sí señor, me respondió; y además me gusta esta tranquilidad, esta paz.

La conversación se prolongaba ya mucho rato, cuando vino á interrumpirla la voz de su hermanita que la llamaba.

Duró 8 días nuestra navegación, y en todos ellos se me había hecho costumbre charlar en las noches una hora con la hija del cauchero.

Al octavo día llegamos al sitio designado para el desembarque de los caucheros, que sólo nos demandó unas cuantas horas de trabajo, hallándonos poco después listos para emprender el viaje de regreso. En la orilla había un caos de cajones, latas, herramientas, etc, y en medio de ese hacinamiento de objetos, veíase á la hija del cauchero empeñada en poner un poco de orden en toda esa revolución, sin olvidarse de vez en cuando de dirigir una palabra cariñosa á su hermanita y á su padre.

Al despedirme de ella, retuve su mano largo rato entre las mías deseándole un feliz porvenir, cuando la voz de un marino, que me dijo:

—Comandante, el río baja con fuerza, me recordó las obligaciones que tenía que cumplir.

Instantes después los piteos de la sirena á vapor revelaban que emprendíamos de nuevo la marcha, y el vapor deslizóse en efecto de la orilla tomando rumbo río abajo, perdiendo pronto de vista á los que aun permanecían en la playa, diciéndonos desde lejos: adiós, adiós.

... ..  
Un año después de este viaje al río Blanco, el mismo habilitador de los caucheros me propuso otro á las cabeceras del mismo río. Acepté con gusto y á los ocho días volvía á atracar el "Inca" en el mismo sitio que lo hiciera la vez anterior.

El panorama había cambiado: un roce se extendía donde antes era monte, y en medio de él se erguía una caseta de estilo de las que usan las abejas humanas de los bosques.

El cauchero me recibió muy amistosamente; pero á su hija no la veía por ninguna parte. por más que la

buscaba con la vista. Pensé que acaso había establecido con algún otro cauchero un hogar propio.

Las ocupaciones de descargar el buque y cargarlo de nuevo con caucho me preocuparon bastante. Concluídas estas faenas me encamino á casa del cauchero para adquirir datos sobre el paradero de su hija, y si acaso se había casado saber el nombre de ese feliz mortal.

Después de un rato de conversación, y no pudiendo contener más mi curiosidad, le pregunto al viejo:

—Amigo, ¿dónde está su hija?

El escuálido cuerpo del viejo cauchero pareció contraerse aún más, á la vez que sus ojos expresaban un vivo dolor.

—Allá está, me respondió, indicando con mano temblorosa un árbol solitario á unos veinte pasos de la casa.

Mis ojos al seguir esa dirección se detuvieron ante una tumba sobre la que se veía colocada una cruz de madera.

—Hace apenas cuatro meses, continuó el viejo, que enterré á mi hija, que fué mi todo en esta vida. U. la conoció, señor..... Cierta día

que regresábamos de una quebrada próxima, dejamos nuestras canoas amarradas en la orilla y subimos á la casa. Todo estaba tranquilo; pero nos extrañó que nadie viniera á recibirnos como de costumbre, ni respondían tampoco á nuestras llamadas. Indagamos con la vista la causa de ésto, cuando de repente vimos á mi hija al pie de este árbol, en medio de un charco de sangre..... Los capanahuas, aprovechando de nuestra ausencia, habían asaltado la casa, pretendiendo robar á la niña; pero como ella se resistiera pusiéronse furiosos y la ultimaron..... Esta trágica escena la supimos por su hermanita que pudo ocultarse en la casa..... Allá, en su sitio favorito, bajo la sombra del árbol, la hemos enterrado; y ya no abandonaré más estos parajes donde se halla sepultada mi alegría.....

El cauchero llevó sus manos á los ojos, sollozando; y yo, imposibilitado por la emoción que me embargaba de proferir una palabra de consuelo, me limité á estrecharle fuertemente la mano.

—Comandante, el caldero está

bajo presión, me dijo en esos momentos el maquinista.

Aprieto nuevamente la mano del infeliz padre, y arrancando una flor de la tumba de la desdichada amiga, embárcome en la lancha, y bien pronto perdimos de vista el puesto del cauchero, á quien no he tenido la suerte de volver á ver.





### **El cerro encantado.**

Saliendo de la montaña, después de una de mis tantas excursiones, llegué á Bagua, caserío donde fuí bien recibido por sus habitantes.

Una tarde que me hallaba sentado con el cura en el corredor de su casa, en compañía de otras personas, me llamó la atención hacia un cerro algo distante que formaba grupo con otros, y que tenía, en verdad, una forma extraña.

—Ese cerro, me dijo el cura, es tenido por todos como encantado. La leyenda que sobre él se conoce, refiere que había allí un pueblo en la antigüedad, cuyas ruinas aún existen, sumamente rico en oro. Un recio temblor destruyó la población, pereciendo todos sus habitantes, y entrando la codicia á los vecinos por

la fama de riqueza de que gozaban, fueron en gran número en busca de los tesoros que presumían sepultados bajo sus escombros. El referido pueblo se hallaba situado en la plataforma de ese cerro; pero al acercarse á él los pesquisadores de fortuna lo perdieron de vista, por lo que, desde entonces, se le conoce con el nombre de “cerro encantado”. U. señor von Hassel, que ha tenido tanta suerte en sus múltiples viajes, debería indagar lo que hay de cierto al respecto, que acaso en esta ocasión tenga usted también feliz éxito.

No me hice de rogar, por supuesto, y entusiasmando al pueblo, emprendimos al día siguiente el camino, seguidos de inmenso gentío,—hombres y mujeres,—que llevaban sus guitarras y fiambres.

Guiándome con mi brújula fijé bien la dirección de la curiosa montaña, y siguiendo los numerosos desvíos del trayecto descubro pronto el secreto. La original mole, en su parte norte, afectaba una forma puntiaguda; pero como los caminos impedían acercarse directamente en ese sentido, los que pretendían llegar

á él, lo hacían forzosamente por el lado oeste, que presentaba una forma completamente distinta, por lo que nadie creía que fuera el mismo cerro.

Nuestra expedición continuó hasta la cumbre, donde encontramos algunas ruinas antiguas, pero sin tesoros; convirtiéndose entonces la excursión buscadora de oro en alegre pic-nic, en que el canto y el baile consolaron pronto á los jóvenes de su fracaso.

Mientras todos se divertían, el cura y yo recorrimos toda la cumbre, á fin de gozar de la preciosa vista que se destacaba desde ese elevado sitio. En una vuelta que dimos, tropezamos con una amorosa pareja: el sobrino del cura y una bonita niña, hija de uno de los notables del pueblo, que habían escogido ese poético y solitario paraje para concertar su enlace, tan deseado desde hace tiempo por el cura:

—Taita cura, le dije riéndome, y tocándole suavemente el hombro, nosotros no hallamos tesoro alguno, pero ellos sí; han sido más felices que nosotros.

—Sí, don Jorge, me contestó con



alegría, y de usted depende encontrar otro tan bueno ó mejor que ese: pues no creo sea cosa difícil para usted.

—Gracias, señor, le repliqué; pero bien sabe usted que Jorge von Hassel, el judío errante, está condenado á andar y andar toda su vida.





### **El fin de un cauchero**

Era la hora de la puesta del sol, que iba perdiéndose de nuestra vista detrás de las copas de los inmensos árboles seculares de nuestros fértiles bosques, cuando llegamos á un puesto cauchero del río Yaquirana.

Como en la mayoría de estos atracaderos ó más bien barracones ó reservorios de víveres que tanto abundan, aunque de manera inestable, en las orillas de la red fluvial del oriente, veíase un espacio como de veinte metros perfectamente rozado, en medio del cual levantábase una miserable casucha, y en la playa 2 canoas amarradas: esto es, por lo general, lo que constituye el campamento de un grupo de nómades del Amazonas.

En el que nos hallábamos estaba formado por tres hombres y una mu-

jer, ó mejor dicho por cuatro esqueletos humanos, pues en sus cuerpos, aunque jóvenes, descubriáanse los estragos que en ellos habían hecho las fiebres y el beri-beri. Y no podía ser de otro modo, toda vez que esa región está reconocida como una de las más malsanas, al mismo tiempo que como una de las más ricas en oro negro, nombre que dan al caucho en esos parajes.

Pronto estuvimos juntos y echados al rededor de la fogata, y después de absolver sus preguntas respecto al lugar de donde veníamos y á donde nos dirigíamos, me informé que hacía seis meses que se hallaban instalados allí; que de 7 personas que componían la caravana habían muerto tres, el último hacía apenas tres días.

—Un extranjero, señor,—me dijo la mujer,—que se unió á nosotros para trabajar caucho, el más activo de todos.

Al oír que estas palabras eran confirmadas por los hombres, que hacían grandes elogios de ese desdichado, me interesé por conocer algunos otros detalles, y preguntéles:

—¿Cómo se llamaba? ¿De qué nacionalidad era?

Me dijeron un nombre, pero tan mal pronunciado, que no pude comprenderlo. Siguiendo en mis investigaciones, me dijo la mujer:

—Aquí están estos papeles que encontramos en sus ropas, y me entregó un pañuelo en que los habían envuelto.

La curiosidad que me dominaba hizo que lo desatara inmediatamente: contenía algunas cartas y dos retratos. Uno de estos era el de una bonita joven como de 20 ó 22 años de edad, y tenía escrito al pié lo siguiente: “Tu novia que implora al cielo pronto regreso.” La otra fotografía representaba á 2 ancianos sentados, y al lado de ellos una niña de 16 á 18 años, probablemente hija de ambos, pues tenía al reverso estas palabras: “Tus padres y hermana inconsolables por el vacío que has dejado entre ellos con tu partida.” Las dos inscripciones estaban escritas en alemán, lo que me hizo comprender que el desgraciado que encontró su triste fin en esas selvas era paisano mío!

Leí luego las cartas que trascribo en seguida, apelando sólo á mis re-

cuerdos, pues no tuve la precaución de sacar copias:

“Querido Bruno:

“Con cuánta ansiedad la esperábamos y con qué júbilo fué recibida tu carta. Hace ya un año que salistes de aquí, dejando sumidos en tristeza inconsolable á tus padres y á tu pobre novia, que constantemente han temido por tu suerte en el lejano país al que te has ido para labrar una fortuna que te permita hacer más llevadera la tarde de la vida de tus padres y formar un nido alegre para nosotros.

“Bruno mío, regresa; deja todas las fortunas; vuelve á nuestro pobre hogar, donde viviremos felices. Todos los tesoros de la tierra no podrán borrar los largos días y tristes noches que pasamos casi en vela esperando tu regreso. No aspiramos fortuna: vivimos felices aquí en nuestro pobre país, deseando tan sólo tenerte á nuestro lado.

“Tu

**Clara.”**

Otra de las cartas decía así, más ó menos:

“Querido hijo:

Nuestras últimas cartas del 15, 25 y 30 de mayo, estamos seguros las has recibido. Hoy te dirigimos esta otra para suplicarte, como en las anteriores, regreses á los brazos de tus padres, que ansiosamente te esperan. Ven, abandona tus deseos de fortuna, que muchas veces son la perdición de los hombres. Vuelve á tu casa paterna; sigue el mismo camino que ellos, que fueron felices toda su vida sin poseer tesoros. No amargues con tu ausencia los pocos días que les resta; regresa pronto que aquí lucharemos por la vida hombro á hombro, pero riendo, y no como ahora separados y con lágrimas en los ojos.

“Tus padres.”

---

Mudo y triste doblé las cartas, y las guardé en mi bolsillo, con el propósito de devolverlas á sus dueños, si algún día tenía ocasión para ello; cartas que no recuerdo bien si se hallan en el escaso equipaje que aún me queda, después de mis innumerables naufragios y aventuras por

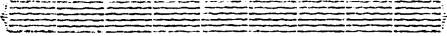
la intrincada red fluvial del oriente, y que conservo en Iquitos.

La oscura noche envolvía la vasta montaña, entregándose todos al descanso: solamente yo velaba, reflexionando en el famoso oro negro, en la ironía de la vida. En mi memoria reprodujéronse entonces algunas de las escenas de Manaos, ese emporio del Amazonas, donde diariamente se ven personas derrochando grandes sumas en el juego ó en las mujeres, sumas ganadas con el caucho á fuerza de fatigas y botadas estúpidamente en un par de meses!

¡La décima parte de ese dinero que he visto tantas veces gastar tan torpemente, hubiera bastado para hacer feliz á estos seres humanos que hoy están inconsolables por la cruel muerte de uno de sus compañeros!

Estas amargas reflexiones me hacía frente á la fresca tumba de mi compatriota, cuando me pareció escuchar una voz secreta que me decía: “A ti tal vez te va á suceder lo mismo en sitios más apartados.”

¡Y cuán amargo, me contesté yo mismo, debe ser morir en estas soledades de la selva, sin tener el consuelo de ser llorado por novia y padres!....



### **Episodio de mi práctica como ingeniero de la montaña**

Voy á referir un acontecimiento de mi práctica profesional, á mis colegas los ingenieros.

Viniendo del Purús, por el istmo Sepahua, bajé el Urubamba, y cerca de la boca de la quebrada Sepa encontré abandonada la lanchita "Mama" en el lugar en que se había ido á pique. Propúseme entonces salvarla; pero como no contaba con gente ni herramientas, se me ocurrió la idea de apelar á los servicios de mi compadre Venancio, curaca de los campos, quien podría proporcionarme unos 50 hombres, número que juzgué indispensable, toda vez que la carencia de útiles y aparatos para esta difícil tarea, había que suplirla con la fuerza bruta.



Sin pérdida de tiempo me embarqué de nuevo en mi canoa con mis dos compañeros, y bajando el Urubamba y Ucayali, llegamos al Unini, quebrada que desemboca por la banda izquierda al último río nombrado. La chacra de Venancio dista un día de subida por esta quebrada; así es que en la tarde arribamos á la casa del curaca.

Me recibió éste muy bien y hasta quiso aprovechar mi llegada para fomentar una de sus fenomenales borracheras. Trabajo me costó disuadirlo de tal idea, y agoté todos mis recursos por tal de interesarlo en la salvación de la “Manu”, consiguiéndolo al dirigirle estas palabras:

—El gran curaca (gobierno) de Lima quedará muy complacido al saber que el curaca de los Campas ha contribuido al salvamento de una de sus lanchas.

—Bueno, me dijo: pero después yo te acompaño á Lima para hablar con tu curaca; mis mujeres tienen cushmas nuevas, y tal vez logre allá cambiar algunas con las de tu curaca.

—Bueno, Venancio, le contesté; primero salvemos la lancha que des-

pués tendremos tiempo de arreglar los otros asuntos.

Al día siguiente arreglé mi canoa para emprender el viaje, pero Venancio se opuso, comprometiéndome antes á que le contara su plata.

El prefecto de Loreto, coronel Portillo, había por entonces expedido un decreto prohibiendo el recibo en la aduana de Iquitos de soles agujereados, pesos bolivianos, etc., al mismo precio que los soles peruanos buenos, como se había acostumbrado, sino con un descuento de 80 por ciento, que equivalía en valor intrínseco, más ó menos, al sol peruano.

La noticia de tal disposición ó el rechazo de esas monedas por los comerciantes, despertó la desconfianza de Venancio, queriendo hacer por eso un balance de su fortuna.

Con tal objeto el curaca, su mujer favorita y yo, entramos al monte y extrayendo de la tierra dos canastos en un punto en que los tenía ocultos, principiamos á separar monedas para obtener el valor efectivo de su caudal. Concluída esta operación en la tarde, regresamos á la casa.

Al día siguiente nos pusimos en camino, llegando al quinto al sitio en que estaba la "Manu". En el acto dimos comienzo al trabajo: la lancha se hallaba semi-sumergida en un pozo de agua, en medio de una gran playa de arena, y por estar el río en esos momentos un poco bajo, no la cubrían las aguas del todo.

Un día después de nuestra llegada y cuando activamente trabajábamos atracó una canoa con caucheros á nuestra playa. Los garrafones de aguardiente que traían no me presagiaron nada bueno; y así fué, en efecto, pues Venancio se apoderó en el acto de uno de ellos, el único quizás que estaba lleno, pues los otros habían sido ya casi vaciados por los mismos caucheros, reinando desde entonces una descomunal borrachera.

En el acto cesó toda faena; se oyeron los acordes de dos instrumentos musicales, tambor y flauta, y los famosos salvadores de la "Manu" transformáronse en bailadores, que á cada instante interrumpían sus contorciones y saltos para beber un trago de aguardiente de las ya escuálidas garrafas.





Uno de los más entusiastas fué mi compadre Venancio, que cual Lucifer en persona y completamente embriagado, hacía saltar su bronceado cuerpo sobre las fogatas. Flemático, creyendo en la fatalidad de mi destino, armo mi catre en la carpa de campaña, y echándose encima busco el sueño que pronto, felizmente, me vino, á pesar del bullicio que hacían los indios.

De repente oigo detonaciones de rifle acompañadas de infernales vociferaciones de los indios.

—Señor, dijo uno de mis compañeros, los campas están matándose entre ellos.

Al momento salto de la cama y me hallo en medio de un campo de Agramante: uno de ellos, que había ido á la lancha, apoderóse de un rifle con el que había hecho al aire unos tiros.

Logro pronto reconciliarlos y me retiro de nuevo á mi carpa, pero con gran sorpresa encuentro mi mosquitero lleno de mosquitos. No comprendiendo la causa de este singular hecho, me pongo á investigarla, y descubro al fin que un proyectil

había perforado el mosquitero. Remedí el desperfecto valiéndome de un alfiler, y desconfiando de la puntería de los borrachosos campos me echo en el duro suelo, en vez de hacerlo en el catre.

El resto de la noche trascurrió sin más novedad. A la mañana siguiente, mal humorados y con desfiguradas fisonomías, dieron principio al trabajo, que, á pesar de todo, adelantó bastante.

A las dos de la tarde más ó menos avistamos una canoa con rumbo á nuestra playa. ¡El Dios de los ingenieros nos proteja!, exclamé involuntariamente, al divisar seis nuevos garrafones de aguardiente acomodados en el centro de la canoa. No había duda, la fatalidad me perseguía. La embarcación atracó, y momentos después ví que los garrafontes eran llevados al campamento y recibidos con demostraciones de júbilo por los indios, medio ébrios aún.

Aburrido, cogí mi escopeta y me interné en el monte para distraerme con la caza. Al cabo de tres horas volví al campamento, hallándolo en un silencio sepulcral: los indios to-

dos, hombres y mujeres, formando algo así como un montón de carne viva humana, hallábanse echados sobre la extensa playa de arena en completa embriaguez.

—Señor, el río está creciendo; estos borrachos van á ahogarse todos, me dice uno de ellos, el único acaso que podía tenerse en pie.

Y efectivamente el río crecía con ímpetu, y hasta uno de ellos había sido ya mojado por el agua.

—Ven, vamos á llevar á estos diablos á lugar más alto, le contesté; y cogiendo de uno á uno, yo por la cabeza y el indio por los pies, condujimos estos cuerpos medio muertos al centro de la playa, á un lugar donde el terreno era más alto, amontonándolos allí.

Al concluir nuestra humanitaria pero fatigosa tarea, ocurrióseme que podría ocasionar dificultades el juntar hombres y mujeres; pues como cada indio tiene de dos á siete mujeres, podría suceder que al despertarse de su borrachera, se encontrara alguna mujer cerca de un hombre que no era el suyo, lo que podía dar margen á celos y pleitos entre



ellos, por lo que determiné evitar este peligro. Al efecto, emprendí la tarea de formar dos montones, uno de cada sexo, bien separados el uno del otro.

El día siguiente no fué sino continuación del anterior, y en los subsiguientes hallábase toda la indiada enferma. Así hubieran continuado hasta consumir la última gota de licor, si inadvertidamente no hubiera roto los dos garrafrones que quedaban con semejante breva.

Esta manera casual de poner remedio á tan repugnante vicio, hizo que lograra en cuatro días de buen trabajo, que fueron favorecidos por el estado del río, terminar el salvamento de la "Manu", y á los nueve de nuestra llegada hallábase la lancha á flote, amarrada al ancla grande de la "Urubamba" con seis sogas inmensas del monte, á falta de cadenas y sogas más apropiadas.

A mis colegas, los ingenieros, recomiendo estos ligeros apuntes de mi práctica profesional en la montaña.

---



## **Recuerdos de un sentenciado á muerte**

En cumplimiento de instrucciones que había recibido, y que me obligaron por más de un año á vagar en medio de las selvas, llegué á la boca del río Tamaya, uno de los afluentes del Ucayali, con el objeto de surcar este río y estudiar el famoso paso del istmo Tamaya-Yuruá, para la construcción de un camino de herradura ó ferrocarril de vía angosta, que abriera nueva comunicación á la rica región gomera del alto Yuruá.

Reflexionando sobre el próximo término de mi comisión que me permitiría emprender mi regreso á Lima, al “petit París” del Pacífico, ó pensando en cálculos técnicos sobre la nueva vía proyectada, ó en otras

cosas análogas que no recuerdo bien ahora, vino á sacarme de mis abstracciones una voz que me llamaba. Dirigí mi canoa á la orilla y minutos después me encontré en presencia de mi antiguo amigo Vásquez Cuadra, quien me dijo que había sido nombrado nuevo comisario del Yuruá y que solicitaba mi ayuda, según instrucciones que tenía del gobierno al respecto.

Sin emplear muchas palabras convinimos en todo lo que había menester, y al siguiente día surcamos en cinco canoas el río Tamaya.

Nuestra expedición se componía de ocho soldados, un sargento, seis bogas “serrenses” (brasileños), otros tres loretanos, gente mía, el comisario y yo.

Penosísimo fué nuestro viaje, pues como la mayor parte no conocía el modo de navegar en estos ríos, lanzaban nuestras embarcaciones de un peligro á otro.

A los treinta y tres días de constantes fatigas, y ya sin víveres, pues nos faltaron en los últimos dos días, llegamos á la entrada del istmo. Los caucheros que encontramos allí nos proporcionaron en el acto lo más in-





dispensable y proseguimos la marcha á la mañana siguiente, llegando al tercer día de camino por tierra á Jacobero, puesto en el Amuenya y fin del istmo. Aquí encontramos una colonia de caucheros que nos recibió muy cordialmente, sobresaliendo entre ellos un comerciante que residía allí, apellidado Torres, quien nos facilitó todo aquello de que carecíamos para continuar el viaje.

Dos días después bajamos el río. Nuestras canoas, dirigidas ya por hábiles bogas conibos, cruzaron las agitadas aguas del Amuenya, llevando cada una de ellas en la popa el pabellón peruano, que por primera vez flameaba en aquellas regiones.

Como en el istmo tuvimos noticias de que la región del Yuruá se hallaba resvolucionada, íbamos todos en són de combate. A las once de la noche entramos á las aguas de ese gran afluente del Amazonas é inmediatamente oímos á ambas orillas las voces de los centinelas que nos decían:

—Alto! ¿quién vive? ordenándonos al mismo tiempo que atracáramos.

Sin hacer caso á estas intimacio-

nes cruzamos el río, desembarcamos en casa de un cauchero amigo y establecimos nuestro campamento en la orilla derecha del Yuruá, casi al frente del de los adversarios.

En el transcurso de varios días fuimos varias veces invitados á celebrar conferencias, para lo que nos trasladábamos el comisario y yo al campamento enemigo. En una de ellas hallándonos en la casa que les servía de cuartel, fuimos apresados y despojados de nuestros revólveres, no sin haber opuesto resistencia, que hubo de ser corta y estéril, por lo muy desigual, seis contra uno, y con gran peligro de ser, yo por lo menos, herido, porque uno de esos desalmados me disparó un tiro de rifle casi á quema ropa.

Nuestros adversarios, creyendo que era yo el jefe de la comisión peruana, me exigieron la entrega de la bandera y de todas las armas, y como me negara rotundamente, estallaron en amenazas de muerte contra mí. “Ipso facto” celebraron los oficiales de la guarnición sublevada un consejo de guerra, concluyendo por sentenciarme á muerte.

... ¡Qué de pensamientos cruzaron en-

tonces por mi mente, cuántas reflexiones me asaltaron en los cortos instantes de hallarme de pié, frente á frente, á ese inícuamente llamado consejo de guerra, cada uno de cuyos miembros revelaba en su fisonomía ser capaz de los mayores crímenes, y carecer en lo absoluto de todo sentimiento noble!

En la puerta y hacia afuera, veíase apiñada una multitud de gente que pedía á voces mi cabeza; á mi lado hallábanse seis soldados, mis verdugos, con sus rifles cargados, listos para cumplir la terrible sentencia, y más allá tres negros, mis sepultureros, con palas y hachas, esperando el momento oportuno de mi ejecución para cavar la fosa en que debía ser enterrado.

Mientras el presidente de ese ridículo consejo de guerra leía mi sentencia, que yo ni escuchaba, mis pensamientos cruzando el gran océano y la inmensa extensión terrestre que me separaba de la patria natal, se detuvieron en mi casa paterna, donde tal vez en esos momentos se acordaban los que me dieron el ser y todos los míos del hijo ausente.

Otro pensamiento me vino tam-



bién de pronto. Hacía más de un año que me hallaba ocupado en mi última excursión, y fruto de ese tiempo de pesadas labores era un cúmulo de libretas de apuntes que tenía guardadas en un bulto, allá en mi campamento. ¡Y considerar que todo esto iba á perderse fatalmente!

—Amigo Vásquez, dijo entonces al comisario, á mi compañero de infortunio: hágame el favor de hacer llegar mis libretas de apuntes á la Sociedad Geográfica de Lima!

Vásquez, pálido como la muerte, sin contestarme palabra alguna, dióme por toda respuesta, sumamente emocionado, un fuerte apretón de manos.

Una vez que el presidente del consejo terminó su antipática lectura, me interrogó:

—¿Cuáles son sus últimos deseos?

Esta sarcástica pregunta me hizo volver al mundo real, encendiendo todo mi orgullo, hasta me infundió desprecio por la vida que tantas veces había expuesto en mis arriesgadas expediciones. Hube, pues, de conformarme con mi infausta suerte; el fin del explorador von Hassel tenía que ser semejante á su pasado

y representar hasta el último instante su mismo papel en la gran comedia de la vida.

Reponiéndome un tanto y con voz que procuré fuera firme, le contesté:

—Dos deseos tengo, señor; beber una “chícara” (taza pequeña) de café y que se me permita dar yo mismo la orden de fuego.

Acordéme, sin duda, en esos supremos momentos, de la muerte heroica del valiente coronel peruano Leoncio Prado, después de la batalla de Huamachuco.

—Bón,—fué la lacónica respuesta que me dió el jefe de mis verdugos.

.....  
La manera como salvé de ser fusilado, mi lucha con los centinelas y los dos ataques de la guarnición peruana que fueron rechazados, son de todos conocidos por haberlos relatado ya en mis partes oficiales, y acaso en otra ocasión vuelva sobre este punto, pues estas cortas líneas solo están destinadas á exponer las impresiones de un hombre que estuvo con un pié en la tumba, en la plenitud de su vida; de un hombre á quien la Providencia ha permitido escribir sus propios recuerdos, casi á raíz de haber debido ser fusilado!





### La flor de la selva

Como un inmenso y dorado globo, ocultábase el sol atrás de los contrafuertes de los gigantescos Andes. Mi compañero y yo nos encontrábamos en los confines del monte real, en los plenos dominios del paradisíaco imperio de los aguarunas y antipas, nobles tribus, cuyos nombres habrá de repetirlos la historia por sus acciones guerreras.

Unas veinte de estas figuras de bronce, la mitad mujeres y la mitad hombres, se hallaban á nuestro alrededor ocupadas en encender fogatas y en construir un tambo donde pasar la noche.

—Es curioso que hoy, me dice mi compañero, que construimos un tambo con tanto esmero, esté el cielo claro prometiendo una noche sin lluvia.

Estaba yo sentado sobre el tronco de un árbol caído; á un paso de mí y también sentada veíase á Nuaana, la hija del curaca de Quinquisa, jugando con algunas flores del bosque.

Entablé conversación con ella en su idioma, pues muchas palabras aguarunas había logrado aprender en los seis meses de mi estadía entre las tribus antes mencionadas; y, como siempre, aprovechaba de nuestra pascana para echar un párrafo con la simpática Nuaana, esa flor de las selvas, que con sus ojillos de venado había mirado bondadosamente al extranjero que impávido se internara en sus posesiones.

Durante los 20 días que viajé por entre la tribu del curaca de Quinquisa, fuimos buenos amigos. Ella me enseñó el manejo de la pucuna (cerbatana), riéndose de todo corazón de las torpezas que cometía; así como el modo de nadar que ellos acostumbra, muy diverso al nuestro.

Al dejar la montaña para dirigirme al Pacífico, intenté que me acompañaran el curaca y sus guerreros hasta las primeras haciendas de la sierra; pero mi empeño resultó es-

téril, pues los hijos de las selvas no quieren salir de ellas.

Era el último día que viajábamos en la montaña, al siguiente habíamos de salir ya al bosque bajo, que es el intermedio entre el monte real y la sierra.

Mi conversación con Nuaana fué muy monótona: los ojos de la joven tenían una expresión misteriosa; quería hablar pero no se resolvía.

A poco cada uno se retiró para buscar en el sueño descanso á un día de forzadas marchas.

Pronto reinó en el campamento, como en toda la majestuosa montaña, profundo silencio, interrumpido tan solo por el vuelo de los pájaros nocturnos que revoloteaban por el inmenso domo de la naturaleza, que es la montaña; densas tinieblas cubrían todo, distinguiéndose apenas sobre este oscuro fondo, cual chispas de oro, el vuelo de las luciérnagas.

Por largo rato no pude conciliar el sueño pensando en el misterioso comportamiento de Nuaana, así como también en la pronta separación de mis bronceados amigos y compañeros de viaje. Sobre todo me cas-

cabeleaba aún en la imaginación esta pregunta de la bella india:

—¿Por qué quieres subir estos nevados con su intenso frío y pasar al agua inmensa donde el “Supai” arrastró las grandes canoas al país de los blancos; allí donde no hay esta selva, donde la naturaleza es tan pobre?

Y cuando, abrumado por la fatiga, logré quedarme dormido, parecíame ver en sueños, cual si fuera realidad, reproducciones exactas de las escenas que tanto me habían impresionado. Veíame en compañía de Nuana cruzar las azuladas aguas del Nieva y del Marañón; reproducíanse nuestros paseos por las selvas y las islas de flores; nuestras vivas y entusiastas conversaciones sostenidas en mi media lengua aguaruna.....; y seguía divagando así, cuando desperté sobresaltado al oír el grito:

—Señor, los aguarunas han fugado!

De un salto me pongo de pié y veo que en efecto su campamento estaba vacío. La luz de la luna iluminaba el solitario monte; habíamos quedado solos mi compañero y yo.

Pero de pronto advierto que ten-

go colgado algo en el cuello: son las alas de colibrí, el adorno favorito de Nuaana, quien antes de marcharse y aprovechando mi sueño, me lo había dejado como recuerdo.....

Solos y pesarosos esperamos el día y mientras éste llegaba, parecíame ver á los aguarunas como una cuadrilla de venados que asustados corrían en dirección á sus moradas en las orillas del Nieva y de las grandes lagunas.

Al dibujarse en el horizonte los primeros rayos solares, emprendimos entristecidos nuestra ascensión á los gigantescos Andes coronados de nieve perpétua.









### **La mujer del curaca**

En Barranca se halla la colonia de blancos más avanzada de la zona del Marañón; una especie de oasis de la civilización en medio de una naturaleza salvaje.

La energía del hombre por una parte, y por otra la aspiración de participar de las riquezas tan profusamente distribuídas en la montaña, empujaron á unos cuantos atrevidos á fundar un lugar estable de trabajo en esas regiones lejanas, llenas de peligros y de luchas.

¡Cuántas veces Barranca, ese idílico sitio de las cercanías del pongo de Manseriche, ha sido mudo testigo de escenas sangrientas y escuchado los desesperados gritos de sus habitantes, implorando en vano misericordia de las tribus salvajes que los asaltarán!

Uno de esos dramas llamó especialmente mi interés, por las personas que desempeñaron rol principal en esa representación de sangre y ruina.

Ahora cosa de ocho años la hacienda Barranca estaba en estado muy floreciente: los cultivos de café y de caña daban excelentes resultados. Los terribles huambisas, una de las tribus vecinas, se hicieron entonces muy amigos con los habitantes de Barranca, á cuya hacienda hacían frecuentes visitas, trayendo oro y caucho para efectuar sus canjes.

El administrador de la hacienda era en aquella época un señor Revoredo, limeño, que vivía contento en estas apartadas pero paradisíacas regiones, con su esposa, limeña también y bonita.

Cierto día aparecieron en Barranca, como lo hacían con frecuencia en los últimos tiempos, partidas de huambisas de las márgenes de los ríos Santiago y Morona, siendo como siempre bien recibidos; y no llamando ésto la atención de los desdichados moradores continuaron dedicados á sus quehaceres.

De repente gritos desesperados se dejaron escuchar por todas partes. Los salvajes, aprovechando del descuido de los blancos, hicieron gran matanza entre ellos, siendo una de las primeras víctimas el propietario de la hacienda, señor Ramírez.

Muchos lograron escapar y ocultarse en el cercano monte, contándose en este número el administrador Revoredo, pero fueron alcanzados por los huambisas que pudieron coger á la mujer y llevársela en brazos. El desgraciado Revoredo llegó aun á oír la voz de su esposa que le decía:

—Revoredo, me llevan!

Pero ni este desgarrador grito fué capaz de contenerlo. El inmenso pánico que de él se había apoderado le hizo cobrar nuevos bríos, llevándolo su desatentada carrera á ocultarse en la parte más lóbrega del bosque, donde permaneció por varios días.

Los salvajes, una vez que terminaron el saqueo de la hacienda, se reembarcaron en sus canoas, dirigiéndose á sus moradas del Santiago y Morona, llevando consigo, entre

otro botín, á la desgraciada señora de Revoredo, con cuatro mujeres más.

.....  
Años después se extendían los cultivos nuevamente en Barranca; otros habitantes continuaron los trabajos de los anteriores; pero el recuerdo de este sangriento drama no se borró de sus memorias.

Revoredo y algunos otros que regresaron al fin, encargaron á indios amigos suyos, buscaran á sus mujeres y procuraran librarlas. Una de estas comisiones compuesta de aguarunas, trajo á su regreso un modelo de canoita con una bandera y una tableta, sobre la cual se veía escrito con carbón, lo siguiente.

“Amigos y paisanos:— Ustedes mandan en mi persecución á indios aguarunas. Semanas enteras estamos vagando por el monte sin alimento y sin hogar. El marido forzoso que el destino ha querido darme, yo y mis tres tiernos hijos, andamos sin descanso para escapar á sus persecuciones. Les suplico, pues, me dejen entregada á mi propia suerte, que tiene que ser también la de mis hijos.—Julia Revoredo.”





A las tribus aguarunas, antipas, huambisas y muratos, se las conoce comunmente con el nombre de jíbaros. El autor permaneció entre ellas ocho meses, en su viaje del Pongo de Manseriche á Paíta, y su residencia allí le proporcionó temas para este artículo y para el que lleva por lema “Flor de la selva.”

Hacemos esta indicación, pues “El Comercio” que tan bondadosamente ha venido publicando estos ligeros apuntes, insertó en su edición de la mañana de hoy lunes, (5 de junio) un relato sobre la última sublevación de estas tribus en marzo último, la que ha causado más de 80 víctimas entre los colonos allí radicados, y el robo de quince mujeres.









### Momento sombrío

En uno de los coches de la compañía carretera, y acompañado de seis amigos cuzqueños, hacía la travesía del Cuzco á Sicuaní, para tomar allí el ferrocarril que debía conducirme á Mollendo.

Dejaba tras de mí la exuberante selva con sus misterios y peligros, con sus encantos y goces. Acababa de salir de ella, de esa niña seductora que ha hechizado con sus gracias á tantos hombres, y á otros tantos ha hecho pagar con la vida el atrevimiento de haber escuchado su canto de sirena.

Uno de mis amigos, queriendo sin duda que amenizara el viaje con alguno de los episodios en que tanto abunda mi vida de explorador sempiterno, me dijo:

—Amigo von Hassel, su última expedición al Alto Madre de Dios ha sido, sin duda, la más peligrosa de cuantas usted ha realizado; si las flechas que recibió usted entonces hubieran penetrado un poco más, ó hubieran estado envenenadas, no seríamos nosotros, por cierto, tan felices de rodearlo en estos momentos.

—Nó, dijo uno de mis compañeros, que se hallaba sentado á mi izquierda; yo creo que la vez que se halló usted en situación más apremiante, fué cuando en el Yuruá estuvo usted sentenciado á muerte.

Interpelado así tan directamente, quise satisfacer la curiosidad de mis acompañantes, y les contesté en esta forma:

—Se engañan ustedes, mis buenos amigos. La situación más crítica de mi vida la pasé á orillas del río Amuenya, cuando tuve la boca del revólver apretada á mi sien. ¿Y saben ustedes quién tenía el dedo sobre el gatillo para disparar y mandarme á la eternidad? Pues yo mismo.

Como se avivara con mis palabras la curiosidad de mis compañeros, me pidieron, todos á un tiempo, que les contara esa página sombría de

mis errabundas peregrinaciones por el oriente peruano.

—Bien, les contesté, voy á darles gusto. Todos ustedes conocen los acontecimientos del Yuruá, así como el tiroteo que sostuvimos, en el que perecieron dieciseis hombres y hubo varios heridos. Uno de éstos últimos fuí yo, que tuve la mala suerte de que una bala "Winchester" me rozara la rodilla derecha. Después de la refriega nos dirigimos todos al varadero ó istmo: éramos setenta personas, entre hombres mujeres y niños. Al tercer día de camino hubimos de rechazar otro ataque contra un enemigo cuatro veces, lo menos, más numeroso, prosiguiendo en seguida nuestra interrumpida marcha en dirección al istmo, por parajes extraviados, donde no existían ni rastros de camino. Mi brújula fué nuestro único guía.

Al cuarto día de marcha, rendidos de cansancio y de fatiga, nos echamos todos sobre el húmedo suelo, sin víveres y con las ropas completamente destrozadas. Mis solícitos compañeros me pusieron sobre la herida unas cuantas hojas frescas, único remedio de que podían dispo-

ner. Tenía toda la pierna hinchada, desde el pié hasta el muslo, y la fiebre iba en aumento. Mis amigos, una vez que conciuieron su obra de caridad, se acostaron también á mi lado, en busca del sueño que les reparara las fuerzas, pues todavía nos faltaba un día por lo menos de marcha.

Como la luz de la luna me hería directamente la vista, cerré los ojos, lo que hizo creer á mis compañeros que me había dormido.

—Pobre amigo von Hassel, murmuró uno de ellos al oído de otro; creo que la pierna la tiene perdida. Ojalá lleguemos pronto á Iquitos para que se la corten y salve así la vida.

Al escuchar tan terribles palabras me estremecí. ¡Qué horror! perder una de sus piernas el fanático andarín, el hombre para quien los viajes constituyen su vida! Nó, balbucearon mis labios, preferible es morir, ¿por qué esa bala no me atravesó mejor el pecho? Renegaba en esos momentos de mi suerte.

De repente distingo el revólver colgado del mango de mi puñal que estaba á mi cabecera. Este es el mejor remedio, murmuré, y con febril

mano saqué el arma de su funda, y apreté la boca del cañón sobre mi sien.

No sé si porque pensé entonces en mi familia renacieron de nuevo mis esperanzas; el hecho es que dejé caer la mano que empuñaba el revólver, al mismo tiempo que me decía: aún hay tiempo, veamos primero lo que dicen los médicos.

Y la prueba de que esa violencia mía fué prematura, la tienen ustedes ahora, que me ven á su lado completamente sano y haciendo el uso que quiero de mis piernas, como pueden atestiguarlo los dos mil kilómetros, más ó menos, que acabo de recorrer por en medio de las selvas, y pasando por parajes difíciles y casi desconocidos.

Una cicatriz del diámetro de un sol de plata, es la única señal que me recuerda la hora más sombría de mi vida.

207 9\97

34350

801

96











UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 037869986